

N.º
47

Artículo 4

Teoría y Praxis

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades
Editorial Universidad Don Bosco - El Salvador



Vol. 23, N.º 47 septiembre-febrero 2025 pp. 87-105
ISSN 1994-733X
e-ISSN 2707-7411

Una perspectiva de la reforma eclesial del papa Francisco

A Perspective on Pope Francis's Ecclesial Reform

<https://doi.org/10.61604/typ.v23i47.493>
<http://hdl.handle.net/11715/2833>

David Jacob Romero García*

Universidad Don Bosco

El Salvador

Correo electrónico: david.romero@udb.edu.sv



ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-4636-2046>

Recibido: 30 de mayo de 2025

Aceptado: 11 de julio de 2025

*Doctor en Teología por la Universidad Don Bosco. Docente a tiempo completo de la Facultad de Ciencias y Humanidades, Escuela de Teología en la Universidad Don Bosco, El Salvador.

Para citar este artículo : Romero García, D. J. (2025). Una perspectiva de la reforma eclesial del Papa Francisco. *Teoría y Praxis*, 23(47), 87-105. <https://doi.org/10.61604/typ.v23i47.493>



Los artículos de la Revista Teoría y Praxis de la Universidad Don Bosco, El Salvador, se publican bajo los términos de la Licencia Creative Commons: Reconocimiento, No Comercial, Compartir Igual 4.0

Resumen

Este artículo analiza la relevancia de la reforma eclesial promovida por el papa Francisco a través de su magisterio pontificio, con especial énfasis en la *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, considerada fundamental para comprender su propuesta eclesial. Se sostiene que dicha reforma implica que todo el Pueblo de Dios asuma el compromiso de caminar conscientemente, edificar responsablemente y testimoniar la tarea evangelizadora encomendada por Jesús en el Evangelio. Asimismo, se subraya el carácter reformador de esta orientación, que permite interpretar adecuadamente los signos de los tiempos y fortalecer la participación activa de los cristianos en la misión de la Iglesia.

Palabras clave: Reforma eclesial, *Evangelii Gaudium*, Concilio Vaticano II, Signos de los tiempos

Abstract

This article examines the relevance of the ecclesial reform promoted by Pope Francis through his pontifical magisterium, with particular emphasis on the *Apostolic Exhortation Evangelii Gaudium*, considered fundamental for understanding his ecclesial proposal. The study argues that this reform requires the entire People of God to commit to walking consciously, building responsibly, and testifying to the evangelizing mission entrusted by Jesus in the Gospel. Furthermore, the reformative nature of this guidance is highlighted, as it enables a proper interpretation of the signs of the times and strengthens the active participation of Christians in the Church's mission.

Keywords: Ecclesial Reform, *Evangelii Gaudium*, Second Vatican Council, Signs of the Times

Introducción

Tras la renuncia de Benedicto XVI y el inicio del pontificado de Jorge Bergoglio se inauguró una novedad eclesial. Un Papa argentino, cercano al pueblo, con frases sueltas muy cargadas de sabiduría y realidad, con una clara opción por los pobres, de rostro alegre y con una humanidad simple. Un Papa que se consideraba pecador y que erró como todo ser humano, pero con ideas claras de cambio en la vida de la Iglesia. Esto dio pie a investigadores tildarle de «reformador»¹, pero desde un estilo humilde, sereno y con la convicción de dialogar con la modernidad y responder a los cambios vertiginosos que demanda; pero, sobre todo, la visión de retornar al evangelio para evaluar el caminar de la Iglesia en el mundo actual y proponer las correcciones necesarias para seguir en fidelidad a Cristo (Pace, 2013, p. 246; Ivereigh, 2015, p. 405). Se trata de devolverle a la Iglesia su rostro auténtico de servidora humilde del evangelio desde un proceso de humanización al estilo de Jesús.

Al adoptar el nombre de Francisco, lo hizo considerando la vida de San Francisco de Asís, un hombre humilde entre los siglos XII y XIII que quiso vivir el evangelio *sine glosa*, sirviendo a los pobres y asemejarse a la vida y misión de Jesús.

San Francisco de Asís nos sigue cautivando por su simplicidad. No fue ningún teórico o un filósofo, ni mucho menos teólogo, como se entiende actualmente, pero sí supo contemplar a Dios y abrazar al hombre (Boff, 1989, pp. 34-74). Una ecuación tan necesitada en nuestro

¹ Entre los escritos que se pueden citar están: Francesc Torralba (2014) *El reformador*; Javier Martínez Brocal (2014) *El Papa de la misericordia* y (2024) *El Sucesor*; Austen Evereigh (2015) *El gran reformador*; Andrea Tornielli (2016) *El nombre de Dios es misericordia*; Thomas Leoncini (2018) *Dios es joven*; Dominique Wolton (2018) *Política y Sociedad*; Julián Herranz (2023) *Dos Papas*; AA. VV. (2023) *De los pobres al Papa, del Papa al mundo*; Javier Cercas (2023) *El loco de Dios en el fin del mundo*; y del mismo Papa Francisco (2024) *Te deseo la felicidad*. Ahora, según la RAE, «reforma» es la acción o efecto de reformar o reformarse. Introducir un cambio para transformar una realidad, proyecto, propuesta, plan o diseño que lleva un proceso de planificación. Cfr. <https://dle.rae.es/reforma>. Y en el caso de la Iglesia católica, se trata de un volver a los orígenes para evaluar el caminar eclesial conforme al arquetipo, Jesús (Pablo VI (1963). *Discurso inaugural de la Segunda Sesión del Concilio Vaticano II*. 29 de septiembre.

tiempo. Por ende, el card. Bergoglio seguramente retoma el nombre de “Francisco” no sólo para recordar la pobreza y humildad del santo de Asís, sino la necesidad de volver a edificar la Iglesia². Una urgencia de reforma que se atestigua en sus escritos pontificios³.

El 14 de marzo de 2013 (un día después de su elección) presentó a los cardenales las claves de su pontificado:

En estas tres lecturas veo que hay algo en común: es el movimiento. En la primera lectura, el movimiento en el camino; en la segunda lectura, el movimiento en la edificación de la Iglesia; en la tercera, en el Evangelio, el movimiento en la confesión. Caminar, edificar, confesar. Caminar: nuestra vida es un camino y cuando nos paramos, algo no funciona. Caminar siempre, en presencia del Señor, a la luz del Señor [...] Edificar. Edificar la Iglesia. Se habla de piedras: las piedras son consistentes; pero piedras vivas, piedras ungidas por el Espíritu Santo. Edificar la Iglesia, la Esposa de Cristo, sobre la piedra angular que es el mismo Señor. Tercero, confesar. Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia (Francisco, 2013, p. 3).

Este movimiento de *caminar, edificar y confesar* enfrenta fuerzas regresivas en la Iglesia que buscan siempre vivir cómodamente su misión, tal como Ruggieri afirma: “a la Curia romana le es difícil abandonar su eclesiología inamovible frente a otras más asequibles con el mundo de hoy” (Ruggieri, 1999, pp. 225-254).

La propuesta de reforma eclesial del Papa Francisco está concentrada en la *Evangelii Gaudium*, las líneas claves de un cambio tanto

² Refiérase el acontecimiento sucedido a San Francisco de Asís, relatado por su biógrafo Tomás de Celano: «Ya cambiado perfectamente en su corazón, a punto de cambiar también en su cuerpo, anda un día cerca de la iglesia de San Damián, que estaba casi derruida y abandonada de todos. Entra en ella, guiándole el Espíritu, a orar, se postra suplicante y devoto ante el crucifijo, y [...], la imagen de Cristo crucificado -cosa nunca oída-, desplegando los labios, habla desde el cuadro a Francisco. Llamándolo por su nombre: “Francisco -le dice-, vete, repara mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo”. Presa de temblor, Francisco se pasma y como que pierde el sentido por lo que ha oído. Se apronta a obedecer, se reconcentra todo él en la orden recibida» (Tomás de Celano, *Vida Segunda de Francisco de Asís*, Capítulo VI, numeral 10).

³ Referirse al siguiente enlace: <https://www.vatican.va/content/francesco/es.html>

ad intra como *ad extra*, como lo pidió el Concilio Vaticano II para brindarle un rostro nuevo y enfrentar las crisis que ha provocado la postmodernidad y la visión tecnocrática de regir las cosas de este mundo:

Aquí he optado por proponer algunas líneas que puedan alentar y orientar en toda la Iglesia una nueva etapa evangelizadora, llena de fervor y dinamismo. Dentro de ese marco, y en base a la doctrina de la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, decidí, entre otros temas, detenerme largamente en las siguientes cuestiones: a) La reforma de la Iglesia en salida misionera; b) Las tentaciones de los agentes pastorales; c) La Iglesia entendida como la totalidad del Pueblo de Dios que evangeliza; d) La homilía y su preparación; e) La inclusión social de los pobres; f) La paz y el diálogo social, y; g) Las motivaciones espirituales para la tarea misionera. (Francisco, 2013, n. 17)

Este rumbo temático sigo para exponer los tópicos del presente artículo para trabajar constantemente por una Iglesia apegada al Evangelio, en permanente *aggiornamento*.

La reforma de la Iglesia en salida misionera

Tal como Jesús, que estuvo presente en los escenarios y desafíos de su realidad social, política, económica, cultural y religiosa, el Papa Francisco nos llama a ser una Iglesia en salida, pero ¿hacia dónde? ¡Hacia todos los escenarios que aquejan a la humanidad! Es una interpretación eclesial sostenida en la *Gaudium et Spes*:

El Concilio, testigo y expositor de la fe de todo el Pueblo de Dios congregado por Cristo, no puede dar prueba mayor de solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos estos problemas, aclararlos a la luz del Evangelio y poner a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador [...] Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. (Concilio Vaticano II, 1965, n. 3-4)

En sintonía con el Concilio Vaticano II, responder a los escenarios actuales hay que escrutar los signos de los tiempos, pero previamente requiere una conversión eclesial:

Puesto que toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación, por eso, sin duda, hay un movimiento que tiende hacia la unidad [...] Esta reforma, pues, tiene extraordinaria importancia ecumenista [...] Recuerden todos los fieles, que tanto mejor promoverán y realizarán la unión de los cristianos, cuanto más se esfuercen en llevar una vida más pura, según el Evangelio. (Concilio Vaticano II, 1964, n. 6-7)

Desde una conversión eclesial se es capaz de transformar y cambiarlo todo, pero desde el evangelio, donde la estructura parroquial, los movimientos, las instituciones y asociaciones eclesiales muchas veces pierden el contacto con la realidad de su lugar (Francisco, 2013, n. 27-30). Así, dicha reforma debe acontecer concretamente en cada Iglesia local, encarnada en un espacio determinado; por ello, el primer animador, guía y promotor de la evangelización es el obispo, el cual debe fomentar la comunión dinámica, abierta y misionera, en diálogo pastoral con las comunidades, pues toda centralización complica la vida y dinámica misionera (Francisco, 2013, n. 30-32).

Una Iglesia bajo este dinamismo requiere una rumbo eclesial, pues la verdad cristiana no es estoica, no es filosofía práctica ni un catálogo de verdades y errores o una «estructura monolítica», sino que expresa las verdades de fe con un lenguaje novedoso, pero sin entregar la sustancia. Una Iglesia que conserva un aspecto de cruz desde el amor; reconoce las costumbres propias de cada lugar, pero sin olvidar el núcleo del Evangelio que nos pide revisarlas sin temor o quedar disminuida o suprimida a causa de la ignorancia, inadvertencia, la violencia, el temor, los hábitos, los afectos desordenados y otros factores psíquicos o sociales. Una Iglesia capaz de salir hacia las periferias para mostrarse abierta a todos, para invitarles a participar en la vida eclesial comunitaria ni cerrar las puertas de los sacramentos por cualquier razón. Una Iglesia donde los destinatarios privilegiados del Evangelio son los pobres, pues hay un vínculo inseparable de la fe cristiana con la pobreza humanizante. Ante todo, no una Iglesia preocupada por ser el centro y que «termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos», sino iluminada por la fuerza, la luz y el consuelo de las amistad con Jesucristo,

quien proporciona el horizonte de sentido y de vida (Francisco, 2013, n. 38-49). Se trata de la construcción de una Iglesia que pierde el miedo de tratar con la humanidad, que se acerca y se inmiscuye profundamente de sus preocupaciones y alegrías, donde juntos sueñan por una nueva humanidad en Cristo (Concilio Vaticano II, 1965, n. 1).

El itinerario de su reforma eclesial expuesta en *Evangelii Gaudium*⁴, no es sólo una transformación de la Curia Romana como en *Praedicate evangelium*⁵, sino de toda la Iglesia, entendida como Pueblo de Dios, donde cada cristiano posee una responsabilidad de devolver el Evangelio a la humanidad. Pablo VI lo expresó de la siguiente manera:

La dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo. (Pablo VI, 1975, n. 80)

Por consiguiente, una verdadera reforma eclesial es volver al Evangelio, a la fuente de su renovación para enfrentarse a su realidad histórica:

Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre «nueva» (Francisco, 2013, No. 11).

⁴ Una Exhortación apostólica es publicada posterior a un Sínodo de Obispos, pero el Papa coloca el título en referencia inmediata de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, la cual es el documento de evangelización por excelencia. Esto refiere que el Papa quiere volver al Evangelio para emprender una reforma en la Iglesia.

⁵ El Papa busca que la Curia romana se distingue por servir a la Iglesia universal, no centralizar poder.

Por tanto, toda reforma eclesial busca iniciar desde el mensaje de Jesús, norma de vida siempre nueva que recupera la fe y la esperanza de vivir con entusiasmo la vida cristiana; pero sabemos que hay muchos desafíos por enfrentar.

Los desafíos por enfrentar en la Iglesia

Una Iglesia en salida para asumir su compromiso necesita entender y enfrentar algunos desafíos globales que actualmente provocan crisis planetaria, como la iniquidad que los grupos de poder económico mundial han creado bajo un desarrollo científico que se adentra vertiginosamente en la era del conocimiento e información acelerada, que no permite analizar su impacto en la naturaleza humana y la biodiversidad planetaria (Bauman, 2010, p. 147; Bauman, 2015, pp. 33-34, 89). Además, ha producido una economía de la exclusión, que asesina sistemáticamente con sus políticas de control, donde «los excluidos ya no son explotados, sino desechos, sobrantes» ejecutando una globalización de la indiferencia. Mientras tanto, la cultura del bienestar nos anestesia con la tendencia compulsiva de comprar cosas innecesarias. Una «crisis financiera» que ha dado origen a una crisis antropológica agrandando el fetichismo del dinero y de la dictadura de la economía, tal como Marx lo advertía en *El Capital* (Marx, 1990, pp. 77-88), imponiendo unilateral e implacablemente sus leyes y reglas a nivel global. Esto permite la manipulación de abandonar la ética y a Dios para agredir legal y libremente a la persona humana.

El dinero debe servir y no gobernar a los seres humanos, pues el mal se cristaliza en todas las estructuras que potencian la medida del dinero para valorar una persona (Francisco, 2013, n. 50-59). Ya lo advertía San Juan Crisóstomo: “no compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos” (San Juan Crisóstomo, *De Lazaro Concio II*, 6: PG 48, 992D).

La Iglesia debe afrontar estos males fomentando una cultura humanizada y humanizadora que no enaltezca “lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio”, pues con la excesiva exposición a los medios de comunicación social (especialmente las redes sociales) se crean nuevas conductas que fomentan una sociedad

materialista, consumista e individualista. Se trata de un proceso de secularización que pretende relegar la misión evangelizadora de la Iglesia al ámbito privado e íntimo, deformando la exigencia ética, el sentido del pecado personal y social, provocando un aumento del relativismo; por ello, se propone una catequesis crítica que ofrezca un camino de maduración cristiana (Francisco, 2013, n. 60-63; Francisco, 2024, n. 87).

La familia, de igual manera, atraviesa una crisis profunda donde el matrimonio se reduce a una gratificación afectiva individualista (Francisco, 2013, n. 64-66; Francisco, 2016, n. 41-43, 217, 232-252). Por eso, es imperiosa la necesidad de inculturar el Evangelio, pero se necesita purificar y madurar, especialmente las tendencias religiosas individualistas, devocionales (piedad popular inadecuada), fanáticas, supersticiosas y relativistas. También se enlista la falta de espacios de diálogo familiar, influencia negativa de los MCS (Medios de Comunicación Social), el subjetivismo relativista, el consumismo desenfrenado, la falta de acompañamiento pastoral a los más pobres, la ausencia de una acogida cordial en nuestras comunidades y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural (Francisco, 2013, n. 69-70; Francisco, 2020, n. 206-209). No olvidar que hay tráfico de drogas, abuso y explotación de menores, abandono de ancianos y enfermos, numerosas formas de corrupción y crímenes de diversa índole en nuestras sociedades (Francisco, 2013, n. 75).

Los agentes de pastoral deben afrontar la experiencia de una vida disociada de su propia identidad cristiana, una “vida espiritual terapéutica” sin compromiso con el mundo, lo que provoca una falta de pasión evangelizadora, una desconfianza con el mensaje de la Iglesia y termina ahogando la alegría misionera por una obsesión de ser como todos y por tener lo que poseen los demás. Una vida como si Dios, los pobres, los seres indefensos y el anuncio evangélico no existiera (Francisco, 2013, pp. 78-80).

Casi lo mismo sucede con los sacerdotes, que cuidan con obsesión su tiempo personal; pero el problema no es el exceso de actividades, sino actividades mal vividas, inadecuadas, sin una espiritualidad que le dé

sentido evangélico, provocando un «inmediatismo ansioso»⁶ (Francisco, 2013, n. 81-82). Y hasta desviaciones contrarias a su opción vocacional.

Estos desafíos develan un «gris pragmatismo de la vida cotidiana» que va desgastando y degenerando en mezquindad⁷ hasta generar una «psicología de la tumba»⁸ que convierte a los cristianos en «momias de museo» en constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, como «el máspreciado de los elixires del demonio»⁹. Por ello, los males de este mundo no deben ser excusas para reducir la entrega y nuestro fervor, pues existe la tendencia de una conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con «cara de vinagre», producto de una «desertificación espiritual» (Francisco, 2013, n. 83-86).

Algunos dentro de la Iglesia se alimentan de un espíritu de luchas internas para conseguir el propio bienestar bajo la tentación de la envidia o la codicia espiritual. Por eso, el Papa interroga: «¿A quiénes vamos a evangelizar con estos comportamientos?». Al mismo tiempo, los laicos, a los que la jerarquía debe estar a su servicio, viven un excesivo clericalismo

⁶ Un inmediatismo ansioso puede tener varios efectos psicológicos, algunos de los cuales incluyen:

- a. Estrés y Ansiedad:** La necesidad constante de resultados rápidos.
- b. Frustración y Descontento:** Cuando las expectativas inmediatas no se cumplen.
- c. Impaciencia y Toma de Decisiones Impulsivas:** Esto puede conducir a decisiones apresuradas y al error.
- d. Autoestima baja:** Siente que no cumple sus expectativas y su autoestima puede verse afectada.
- e. Afectación en las Relaciones Interpersonales:** Tiende a generar conflictos con otras personas que no comparten la misma urgencia. Cfr. <https://www.redalyc.org/pdf/271/27130102.pdf>

⁷ Cfr. J. Ratzinger, *Situación actual de la fe y la teología*. Conferencia pronunciada en el Encuentro de presidentes de Comisiones Episcopales de América Latina para la doctrina de la fe, celebrado en Guadalajara, México, 1996, publicada en *L'Osservatore Romano*, 1 noviembre 1996. Cfr. V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe, Documento de Aparecida (29 junio 2007), No. 12.

⁸ Psicología de la tumba no está registrada en la comunidad científica en psicología, al mismo tiempo se ignora cómo la interpreta el Papa, pero se puede argumentar desde su sentido etimológico, la cual expone una realidad donde lo único que se espera es la evidencia de la muerte o solo para recordar o realizar una investigación histórica. Ahora, una psicología de la tumba puede implicar una tendencia a pensar que la vida cristiana está directamente reducida a salvar el alma sin ningún compromiso histórico fraternal en solidaridad y esperar la muerte para llegar al cielo.

⁹ Cfr. G. Bernanos, *Journal d'un curé de campagne*, Paris 1974, 135.

y restringiendo el aporte de la mujer (Francisco, 2013, p. 98-103; Juan Pablo II, 1988, n. 51). Además, hay que escuchar a los jóvenes con paciencia, comprender sus inquietudes y reclamos e invitarlos a participar activamente con mayor protagonismo en la pastoral de conjunto de la Iglesia, con la certeza de que toda la comunidad evangeliza (Francisco, 2013, n. 104-107).

Todos estos desafíos deben ser afrontados por la totalidad del pueblo de Dios, pues no es una urgencia unilateral de clérigos, religiosos o laicos, sino de todos.

La Iglesia entendida como la totalidad del Pueblo de Dios que evangeliza

Dios nos convoca como pueblo de Dios para evangelizar con el don de su propia cultura, pues la diversidad cultural no amenaza la unidad de la Iglesia, sino la enriquece. Por eso, todos debemos ser evangelizados por la cultura del evangelio, pues “cuando un pueblo inculturiza el evangelio acontecen nuevas formas para evangelizar” (Francisco, 2013, n. 114-121).

El Papa Francisco, retomando la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI expone que, el primer momento de la evangelización es el diálogo interpersonal, no tanto con fórmulas aprendidas o palabras precisas, sino expresarse con categorías culturales propias que provoque una síntesis cultural evangelizadora. Debe hablarse al Pueblo de Dios con ternura, pues la evangelización acontece cuando se aprende a escuchar el corazón de Dios. Así, se propicia el diálogo del Señor con su pueblo y entre los hermanos para que florezca la verdad, la belleza, la justicia y el bien para todos (Francisco, 2013, n. 127-142; Juan Pablo II, 1998, p. 41; Juan Pablo II, 1998, pp. 738-739).

A esta propuesta papal hay que incluir que, si bien es cierto que la evangelización la asume la totalidad del pueblo de Dios, no debe ser excluida la humanidad, pues cada uno tiene la posibilidad de aportar al reino de Dios, pues el Espíritu habla por la Palabra.

La predicación de la palabra de Dios: la homilía y su preparación

La homilía es y sigue siendo un espacio y tiempo esencial para catequizar al pueblo de Dios, la cual debe ser bien preparada. El Papa Francisco especifica los elementos para su preparación para evitar ideas sueltas, aburridas y con un apagado ardor o sin espíritu. La homilía es transmitir la verdad de la Revelación, la Tradición de la Iglesia y las inspiraciones del Espíritu Santo en cada Iglesia local (Francisco, 2013, pp. 143-145). No debe ser una exposición erudita teológica o la oportunidad para regañar o manipular al pueblo.

Los pasos para preparar la homilía son: a) invocar al Espíritu Santo; b) prestar atención al texto, que significa tener paciencia, interés, dedicación gratuita, amor por la palabra y tener actitud de discípulo. Esto permitirá comprender la estructura del texto, entender su dinamismo y su mensaje principal. Todo texto fue escrito para enseñar algo sobre Dios en conexión con la revelación de Jesús; por eso, hay que tener cuidado con interpretaciones equivocadas o parciales; c) El predicador debe estar dispuesto a dejarse conmover, convertirse y hacerla vida la Palabra en su existencia concreta. Tampoco se pide que seamos inmaculados, sino en crecimiento, en el camino del Evangelio. De otro modo, será un falso profeta, estafador y un charlatán vacío; d) Un método concreto es usar la *Lectio Divina* (siguiendo una exégesis bíblica adecuada) y preguntar: “Señor, ¿qué me dice a mí este texto? ¿Qué quieres cambiar de mi vida con este mensaje?, ¿Qué me molesta en este texto? ¿Por qué esto no me interesa?”, o bien: “¿Qué me agrada? ¿Qué me estimula de esta Palabra? ¿Qué me atrae? ¿Por qué me atrae?”; e) El predicador necesita tener un oído en el pueblo para conectar la Palabra con la situación humana concreta, puesto que la Palabra es una fuerza de invitación a la conversión, a la adoración, a provocar actitudes de fraternidad y de servicio solidario, etc.; f) Hacer un resumen, «decir mucho en pocas palabras» (Biblia, Sirácides, 32:8); g) Aprender a usar imágenes en la predicación, usar ejemplos de vida para que el mensaje despierte un deseo y motive a la voluntad en la dirección del Evangelio; h) Usar el lenguaje común de las personas, aunque la sencillez y claridad de ideas no es lo mismo, requiere rigurosidad expositiva; i) La homilía tiene que tener un lenguaje positivo (que propone qué hacer), no quedarse en la queja, el lamento, la crítica o el remordimiento; j) El anuncio de la evangelización debe provocar un camino de formación y de maduración; pero el camino de respuesta y de crecimiento está siempre precedido por

el don de Dios que propicia una progresiva vida según el Espíritu (Biblia, Romanos, 8:5). Por eso, la educación y la catequesis están al servicio de este crecimiento, pero reconociendo que la homilía no es una formación doctrinal, sino un mensaje moral cristiano¹⁰; y k) El evangelizador debe ser una persona cercana, con apertura al diálogo, con paciencia y de acogida cordial que no condena, con experiencia formativa teológica, litúrgica y pastoral, porque no sólo se trata de anunciar lo verdadero y justo, sino también colmar de esplendor, de gozo profundo, aún en medio de las pruebas (Francisco, 2013, n. 146-172).

La Iglesia necesita que los pastores de su pueblo tengan la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante la realidad del otro, que no es una terapia psicológica, sino una peregrinación con Cristo hacia el Padre donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas de los lobos que intentan disgregar el rebaño (Biblia, Mateo 7:15-20).

La inclusión social de los pobres

Cristo se hizo pobre y cercano a los pobres y excluidos (Biblia, 2 Corintios, 8:9). En las Escrituras se explicita cómo Dios quiere escuchar el clamor de los pobres (Ex 3,7-8.10; Jc 3,15; Dt 15,9; Si 4,6); por eso, la Iglesia tiene la obligación de escuchar este clamor; lo más triste que hasta la solidaridad está desgastada o manipulada por falsas ideologías o por conveniencia para vivir cómodamente (Francisco, 2013, n. 186-188). Por eso, el Papa habla de la solidaridad como reacción espontánea humana que reconoce la función social de la propiedad y el destino universal de los bienes, la cual debe provocar un cambio de estructuras que renueve las convicciones y actitudes para escuchar el clamor de los pobres. No habla de propiciar paternalismos, sino desarrollo (la vida y sabiduría de los pueblos). Ya Pablo nos propone el criterio de discernimiento para medir la autenticidad de una comunidad: “no se olviden de los pobres” (Biblia, Gálatas, 2:10), pues “la belleza última del Evangelio es la opción por los últimos que la sociedad descarta y desecha” (Francisco, 2013, n. 189-197).

¹⁰ Cfr. Juan Pablo II (1979). Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, el *Directorio general para la catequesis* (1997) y otros documentos.

La opción por los pobres en la Iglesia es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política, económica o filosófica. Es provocar el *sensus fidei* donde los pobres nos orientan el caminar y el sentir de Dios en la historia. Optar por los pobres no se trata exclusivamente de promover acciones o programas de promoción y asistencia, ya que el Espíritu pide una atención profunda por el otro, especialmente al que sufre (Lc 4, 18-19; Mt 5,4; Sal 34, 17-18; Sal 9,9; Is 25,8; 2 Cor 1,3-4). Implica valorar al pobre en su bondad propia, su forma de ser, su cultura, su modo de vivir la fe y acompañarlo adecuadamente en su camino de liberación; tratando de superar el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete a diario. Por eso, el Papa Francisco totaliza la opción por los pobres con estas palabras: “Nadie puede sentirse exceptuado de la preocupación por los pobres y por la justicia social”. Además, la necesidad de resolver las causas estructurales no puede esperar, pues la inequidad es raíz de todos los males sociales (Francisco, 2013, n. 198-202; Biblia, 1 Timoteo 6:10).

La estructura económica y política mundial debe aprender a reconocer la dignidad de cada persona y el bien común de cada sociedad, pues la vocación más digna de un empresario es «dejarse interpelar por un sentimiento más amplio de la vida y no confiar en las fuerzas ciegas y en la mano invisible del mercado», que no es promover un populismo irresponsable, sino de saber administrar adecuadamente la casa común, la vida plena de todos en el mundo (Francisco, 2013, n. 203-206; Francisco, 2015, n. 13, 53, 61, 232, 243; Francisco, 2020, n. 285).

En modo ejemplar, el Papa expone la realidad de los migrantes que, por un lado son nuevas formas de pobreza, indignación y fragilidad donde estamos llamados a reconocer a Cristo; pero, por el otro lado, se han instalado una serie de crímenes, mafias y delitos aberrantes donde hay muchos manchados de sangre inocente o en “complicidad cómoda y muda”, donde las doblemente pobres son las mujeres y sus hijos quienes sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia (Francisco, 2013, n. 207-212).

Estos son los pobres y débiles que la Iglesia quiere cuidar con predilección, los que son pisoteados en su derechos humanos elementales y lo que se provoca a la hermana tierra, la cual nos sustenta y gobierna y produce diversos frutos para todos, sin excepción.

Esto será posible si recurrimos a un diálogo maduro y responsable que nos conduzca a la paz, pero no la paz de los muertos, la paz de las armas o la paz de la indiferencia.

La paz y el diálogo

La paz no es ausencia de violencia o de guerra o equilibrio precario de fuerzas, sino fruto de la justicia (Biblia, Isaías, 32:17); pero Pablo VI actualizó esta cita: “El desarrollo es el nuevo nombre de la paz”, la cual está interpretada del siguiente texto:

Las diferencias económicas, sociales y culturales demasiado grandes entre los pueblos provocan tensiones y discordias y ponen la paz en peligro. Como Nos dijimos a los Padres Conciliares a la vuelta de nuestro viaje de paz a la ONU, «la condición de los pueblos en vía de desarrollo debe ser el objeto de nuestra consideración, o, mejor aún, nuestra caridad con los pobres que hay en el mundo —y estos son legiones infinitas— debe ser más atenta, más activa, más generosa». Combatir la miseria y luchar contra la injusticia es promover, a la par que el mayor bienestar, el progreso humano y espiritual de todos, y, por consiguiente, el bien común de la humanidad. La paz no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres. (Pablo VI, 1967, n. 75)

Ahora, el Papa Francisco nos dice que la paz es fruto del desarrollo integral de todos, pero se necesitan cuatro principios que retoma de la Doctrina Social de la Iglesia para incorporarlos en la vida de la Iglesia: 1) “El tiempo es superior al espacio”: implica ocuparse más de los procesos más que de poseer espacios de poder. Se trata de privilegiar acciones con convicciones y dinamismos nuevos, pero sin prepotencia o engaño; 2) “La unidad prevalece sobre el conflicto”: entendiendo que todo conflicto debe ser asumido, nunca disimulado, omitido o envuelto en sus propias confusiones o insatisfacciones; por ello, la unidad es la búsqueda de la paz junto al Espíritu que armoniza todo lo diverso; 3) “La realidad es más importante que la idea”: las ideas desconectadas de la realidad provocan idealismos, nominalismo ineficaces. Esto lo vemos en la política partidista y en la fe retórica. Se trata de encarnar la Palabra que busca lo esencial

de la evangelización: hacer obras de justicia y desarrollo humano y; 4) “El todo es superior a la parte”: indica la tensión entre la globalización y la localización. Ver el todo es reconocer un bien mayor; pero se trabaja en lo pequeño, pero con perspectiva más amplia, donde confluyen las parcialidades, conservando lo original de ellas, pues el Padre quiere que todos se salven, sin excepción (Francisco, 2013, n. 218-237).

Bajo estos principios se puede emprender un diálogo social en la búsqueda de la paz: un diálogo entre razón y fe; la búsqueda de una paz «justa, memoriosa y sin exclusiones»; un diálogo entre Iglesia y Estado donde se expongan acuerdos sobre los valores fundamentales de la existencia humana. Por último, el Papa Francisco pide un diálogo abierto entre la fe, la razón y la ciencia, un diálogo ecuménico, relaciones con el judaísmo, el diálogo interreligioso y las religiones no cristianas en un contexto de libertad y respeto (Francisco, 2013, n. 238-258); pero unidos a una espiritualidad de la esperanza y la misericordia cristiana.

Las motivaciones espirituales para la tarea misionera

El Espíritu de una nueva evangelización requiere de misioneros comprometidos con la causa del reino de Dios, unidos en su Espíritu que impulsa a actuar de la siguiente manera: a) vivir y actuar sin temor, pues las exigencias de Jesús están contracorriente con el mundo; b) aprender a amar sinceramente a Dios como Jesús, dispuestos hasta dar la vida por el pueblo; c) asumir la miseria humana, aprender a “tocar al leproso” de nuestro tiempo; d) Jesús no quiere una mirada despectiva, enjuiciadora, sino una mirada misericordiosa y solidaria. Al respecto, Benedicto XVI expuso que: “cerrar los ojos al prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios” (Benedicto XVI, 2005, n. 16), porque cada persona es digna de nuestra entrega, porque es obra del Señor y refleja algo de su Gloria; e) La misión no es un negocio, un proyecto empresarial, una organización comunitaria, un espectáculo o propaganda, sino el proyecto del Padre, y; f) aprender a confiar en la intercesión de los santos, quiénes nos han mostrado el modo adecuado de construir el reino de Dios.

En suma, al hablar de reforma, de volver al evangelio, de emprender una evangelización que responda al humano de hoy es necesario una mirada, una voluntad, una condición, una convicción y una acción congruente con el mensaje de Jesús, lo cual requiere hombres

nuevos para una nueva tierra (Biblia, Efesios, 4:22-24). Se trata de construir una antropología cristiana, como una investigación posterior, que se enraíza en tres documentos claves del Papa Francisco: *Evangelii Gaudium*, *Fratelli Tutti* y *Querida Amazonía*¹¹.

Conclusión

El legado del Papa Francisco es amplio, complejo, y requiere un meticuloso estudio de su magisterio para ofrecer a la humanidad un camino actualizado de vivir el evangelio.

En *Evangelii Gaudium* está contenido, como he dicho, un programa pontificio, pero que lógicamente las vicisitudes de la vida hicieron modificarse, pero no es su sustancia. El Papa Francisco está convencido que la Iglesia debe renovarse constantemente, como un mandato extraído del Concilio Vaticano II al que Juan XXIII lo abrevió en el vocablo *aggiornamento*. Un nuevo respiro, un nuevo brillo, un nuevo modo de vivir actualizado, pero conforme a las enseñanzas de Jesús.

Vivir cristianamente no es un modo de hablar o de externar sentimientos, sino una dinámica dialécticamente transformadora de la persona individual, de la comunidad de fe y de las opciones que la Iglesia universal va adquiriendo a lo largo de la historia en la escucha atenta a la voluntad de Dios y reconocer las enseñanzas de los teólogos; pero también requiere formación seria y profunda en todo el pueblo de Dios.

El Papa Francisco nos invita a una reforma en la Iglesia, no para autoalabarse en un seguimiento adormecido de la persona y misión de Jesús, sino a un compromiso que inicia con un proceso humanizado y humanizador de la vida cristiana para poder conectarse con el mundo actual. No es posible evangelizar desde categorías dogmáticas o preestablecidas que ya han dado muestra de su ineficacia. Hay que renovarse desde dentro y volver a los orígenes para retomar fuerzas y volver a sentir el impulso evangélico de ir por el mundo y anunciar la buena nueva de Jesús (Biblia, Marcos, 16:15).

¹¹ Estos tres documentos contienen la propuesta de una antropología cristiana que esbozo sintéticamente: el humano debe aprender a ser un humano convencido del valor de la vida y de la gracia dada por Cristo (*Evangelii Gaudium*), pero debe mostrarlo en la relación con sus hermanos (*Fratelli Tutti*) en conjunto con el cuidado de la casa común desde una nueva visión del desarrollo y de la felicidad (*Laudato Si'* y *Querida Amazonía*).

Una reforma implica reconocer los males de este mundo y tomar la decisión de enfrentarse a ellos. Esto conlleva asumir una Iglesia martirial, que responde al clamor de los pobres y no a las necesidades de los consorcios económicos internacionales y locales. Una Iglesia con este talante requiere que todo el Pueblo de Dios esté convencido del rumbo y destino que implica la misión de Jesús, que no basta con predicación, sino un testimonio de inclusión contra el clericalismo, un proceso serio formativo y no una catequesis básica, una propuesta siempre en diálogo que conlleve cambios estructurales para el bien de la humanidad; pero sobre todo, aprender a ser guiados por el Espíritu de Dios que se nos adelanta para ir mostrándonos el rumbo adecuado con la ayuda del *sensus fidei* desde una Iglesia en sinodalidad que opta verdaderamente por el pobre y se inculturiza evangélicamente para seguir siendo el reflejo de la luz de Cristo para todos los pueblos (Concilio Vaticano II, 1964, n. 1).

Referencias

- Bauman, Z. (2010). Mundo Consumo, Ética del individuo en la aldea global. Editorial Paidós
- Bauman, Z. (2015). Ceguera moral. La pérdida de la sensibilidad en la modernidad líquida. Editorial Paidós
- Concilium Vaticanum II, Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II, I/II/III/IV. Constitución Pastoral Gaudium et Spes. (07.12.1965). En AAS 58 (1966), 1025-1120.
- Constitución dogmática Lumen Gentium. (21.11.1964), en AAS 58 (1965), 5-71.
- Ivereigh, A. (2015). El Gran Reformador. Francisco, retrato de un Papa radical. Edit. De Book.
- Decreto sobre el Ecumenismo Unitatis Redintegratio. (1964). en AAS 57 (1965), 90-112.
- Juan Pablo II. (1998). Carta Ap. Dies Domini, 41: AAS 90 (1998), 738-739. (1988) Christifideles laicis, No. 51: AAS 81 (1989), 393-521.
- Marx, K. (1990). El Capital. Editorial El Progreso.
- Pace, E. (2013). El Papa Francisco frente a la crisis sistémica de la Iglesia una, santa, católica y romana. Departamento de Teología, Sociedad y Religión, No. 40, Vol. XXIII, 245-271.
- Pablo VI, Exhortación apostólica. Evangelii Nuntiandi (8 diciembre 1975), 80: AAS 68 (1976), 75.

- Papa Francisco. (2013, 14 de marzo). Santa Misa con los Cardenales Homilía del Santo Padre Francisco. La Santa Sede. https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2013/documents/papa-francesco_20130314_omelia-cardinali.html
- Francisco. (2013). Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. La Santa Sede. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html
- Francisco. (2015). Encíclica *Laudato Si'*. 24 de mayo de 2015. AAS 107 (2015). (2020). Exhortación Postsinodal *Querida Amazonía*. 2 de febrero.
- Francisco. (2024, 4 de octubre). Carta Encíclica *Dilexit nos*. La Santa Sede. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/20241024-enciclica-dilexit-nos.html>
- Francisco. (2016). Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*. Ediciones Palabra
- Francisco. (2020). Encíclica *Fratelli Tutti*. La Santa Sede. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html
- Ratzinger, J. (1996). Situación actual de la fe y la teología. Conferencia pronunciada en el Encuentro de presidentes de Comisiones Episcopales de América Latina para la doctrina de la fe, celebrado en Guadalajara, México, 1996, publicada en *L'Osservatore Romano*, 1 noviembre 1996. Cfr. V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe (2007), Documento de Aparecida, No. 12.
- Ruggieri, G. (2002). El primer conflicto doctrinal. En Alberigo, G., *Historia del Concilio Vaticano II. La formación de la conciencia conciliar. El primer período y la primera intercesión* (octubre 1962-septiembre 1963), Ediciones Sígueme. 225-254.
- San Francisco de Asís. (1998). *Escritos. Biografías. Documentos de la época*. No. 399, (7ª ed., reimpresión), (pp. 229-359). Biblioteca de Autores Cristianos (BAC)